

Capítulo 7

Una época convulsa. Causas y consecuencias de las usurpaciones en el siglo III (244-285)

MIGUEL PABLO SANCHO GÓMEZ

Introducción

Existen valiosos trabajos escritos en las últimas décadas sobre el ejército romano, tanto a nivel internacional como en España¹. Entre los títulos extranjeros más relevantes, además algunos han sido traducidos a nuestra lengua – recientemente Karen y Dixon (2018); también los “clásicos” Goldsworthy (2005) y Le Bohec (2007). Por otra parte, nuevas monografías sobre la Antigüedad Tardía han añadido luz adicional a tan fascinante periodo, siguiendo el camino trazado en su día por Brown, Marrou y tantos otros.

El proceso se enmarca en el auge de la historia romana en general durante las últimas décadas, tanto en Estados Unidos como en Europa. Una floreciente historiografía está revisando fuentes literarias y trabajos ajenos, con el fin de enfrentarse al desafío que representan las muchas preguntas todavía sin respuesta. Por estos mismos motivos resulta sorprendente la escasa atención recibida por el fenómeno de las usur-

1. Véase, por ejemplo, Keppie (1984); Campbell (1994); Elton (1996); Cromwell (1998); Nicasic (1998); Whitby (2002); Erdkamp (2002; 2011); Rodríguez González (2003; 2005); Southern (2007) y Menéndez Argüín (2011).

paciones, que si bien es cierto estuvo presente a lo largo de todo el periodo imperial, cobró especial virulencia a mediados del siglo III.

Parte de la historiografía contemporánea rechaza términos como “Crisis” o “Anarquía Militar”, a nuestro juicio, sin fundamento; como indicó elocuentemente Southern (2001, p. 5):

This viewpoint should not be interpreted as a denial that the third-century crisis existed, along with all the attendant destruction, damage, pain and suffering. On the one hand, crisis does not necessarily embody disaster, and on the other, change is not necessarily a peaceful, anodyne process even if the end results are benign.

El devenir de Roma y la propia Antigüedad Tardía resultan imposibles de explicar o entender las usurpaciones; acontecimientos sociales, políticos y militares, traumáticos, de gran alcance, cuyos verdaderos motivos permanecen casi indescifrados.

Dichos sucesos hunden profundamente sus raíces en el submundo de una sociedad cambiante y llena de interrogantes como la del Bajo Imperio Romano, donde a partir del año 244 la última de nuestras principales fuentes literarias enmudece, complicando aún más el estudio de tales oscuros procesos.

En este trabajo abandonaremos las comodidades de la historia narrativa para tratar de encontrar, diseccionar y mostrar elementos y factores que dieron lugar a las recurrentes explosiones de violencia representados por desafíos a la autoridad central, más o menos dotados de trasfondo y/o organización, que representaron los *Gegenkaisers*, término forjado por la historiografía alemana para referirse a los contendientes de los emperadores reinantes denominados en los autores clásicos como *Tyrannis*.

El fenómeno de la usurpación

El *usurpator* es un personaje que realiza acciones de gobierno fuera de la legalidad, imbuyéndose de potestad y atribuciones (regales o imperiales) de manera ilegítima. Normalmente tal disonante proceder recibe una respuesta directa, y casi siempre inmediata y violenta, desde el poder establecido, que se siente “justamente” ultrajado (FLAIG,

1992; MEIJER, 2004, p. 83-108). En circunstancias habituales, un usurpador que logre estabilizar la situación y atraerse algunos dominios, puede mantenerse algunos años. Los usurpadores con partidarios débiles, en cambio, son atacados de inmediato, quedando destruidos a corto plazo. En otras ocasiones, un usurpador previsor (o afortunado) puede sobrevivir lo suficiente para sumar apoyos, asentarse poco a poco y al final derrotar al emperador reinante, pasando a ser considerado como “genuino”. El bando derrotado recibirá la denostación del vencedor, y su líder o gobernante pasará a convertirse por medio de la propaganda (inscripciones epigráficas, monumentos conmemorativos, panegíricos...) en un “tirano”, de caracteres fuertemente barbarizados, que heredará defectos y taras del tradicional tirano de la Grecia Clásica:

A menudo se ha dicho que un tirano no sólo es vicioso, sino también cobarde: no puede soportar las dificultades. Se entrega al lujo y cae en una suavidad equívoca, relacionada con la crueldad. En esta imagen cabe la idea generalizada de que también comete crímenes sexuales. Otros topos remiten a que vive constantemente con miedo a los asesinos, y siente el odio de sus súbditos en todas partes; por lo tanto, nadie es más infeliz que él (BERVE, 1967, p. 479).

Las victorias de los usurpadores fueron pocas veces decisivas, y a menudo temporales. En ocasiones, el emperador desafiado admitía a regañadientes la existencia del pretendiente, hasta que las circunstancias le permitían centrar todas sus energías sobre él, y aplastarlo. Varios usurpadores aspiraron a ser reconocidos como meros gobernantes regionales de carácter subalterno, “Augustos” de menor rango, “Césares”, o simplemente miembros del colegio imperial (CLAES, 2015, p. 18). Tales proyectos no obstante se encontraron con el fracaso más demoledor, a no ser que pudiesen hallar respaldo desde la fuerza militar y ciertos condicionantes geográficos especiales:

Rather it would appear that they were asserting local authority by mimicking the outward forms of imperial power, a reflection again of confusion between what a symbol might mean in a local as opposed to an imperial context. Likewise, as may also have been the case with the group of “usurpers” who appear on the eastern frontier under Alexander, they may well have been doing so at points when the central government appeared to have failed. The centralizing tendencies of emperors from Severus onwards had yet to create a common understanding of shared symbols (POTTER, 2004, p. 250).

Y en ese mismo sentido,

It is clear from the coinage that an obligation was felt to appear to conform to traditional forms of social and political expression, and this ideology was a central element of the usurpers' regimes (CASEY, 1995, p. 57).

Pero nótese que el escaso margen de éxito y el inevitable oprobio, junto a una muerte violenta y deshonorosa, nunca resultaron elementos disuasorios suficientes, pues tales rebeliones proliferaron e incluso cobraron virulencia nuevamente en el siglo IV, pasada la estabilización lograda por Diocleciano y Constantino (McCORMICK, 1990, p. 11-78). Jamás importó a los conspiradores que, desde el punto de vista de la estadística, el panorama para los rebeldes resultase desolador².

Durante el siglo I, y aún el siglo II, tales desafíos a la autoridad resultaron no obstante llamativas excepciones. La primera guerra civil, costosa y violenta, se dio a la muerte de Nerón, enfrentando a Otón, Galba, Vitelio y Vespasiano, que a la postre resultaría vencedor (año 69). El fenómeno se repitió tras el asesinato de Cómodo. Didio Juliano, Clodio Albino, Pescenio Nigro y Septimio Severo encabezaron una serie de guerras de alto carácter destructivo a lo largo de varias provincias. Tras la victoria de Severo pudiera pensarse que una dinastía en apariencia firmemente asentada disiparía tales traumáticos sucesos, pero no fue el caso; al contrario. Actualmente la historiografía juzga las medidas de Severo y sus sucesores a una luz muy negativa, considerando tales tiempos la antesala de la tempestad que se desataría a continuación: "The history of the Third Century is essentially a record of Severan political shortsightedness" (CASEY, 1995, p. 16)³.

Ya en 217 un complot llevó al asesinato de Caracalla y la elección de Macrino, el primer emperador de rango ecuestre. En 235, con la desaparición del último Severo, se inició una cadena de tumultos, sediciones e inestabilidad que a grandes rasgos ocupó más de cincuenta años. El hecho de que emperadores fuesen proclamados y asesinados en grandes cantidades llevó después a que se denominase al periodo como "Crisis del siglo III" o "Anarquía Militar" (ALFÖLDY, 1974, p. 89-111; FERNÁN-

2. Véase Doyle (2015, p. 159): "Yet in spite of these harsh measures, the frequency of revolts and usurpations only intensified over the last century of the Western Empire".

3. En ese mismo sentido, Rodríguez González (2010); véase también Smith (1972, p. 481-499).

DEZ UBIÑA, 1982; LIEBESCHUETZ, 2007, p. 11-20). Ciertamente, "Success did not guarantee survival; there were sixteen Emperors between 235 and 253, and the longest reign endured for five and a half years" (SOUTHERN, 2001, p. 20).

Tales proclamaciones mostraron una serie de características diferentes. Mientras que las conjuras anteriores estuvieron motivadas por camarillas de poder, faccionalismo, ambición, rivalidades, codicia, deseo de gloria o desavenencias dinásticas, desde el año 235 quedaron ligadas decisivamente a los sucesos en las fronteras del Imperio. Surgiendo de las brumas del Rin y el Danubio aparecieron nuevas confederaciones de pueblos bárbaros, más grandes y fuertes, mayoritariamente germánicos, capaces de llevar a cabo una guerra de amplios efectos que dislocó el sistema defensivo romano, hasta entonces funcionando de modo satisfactorio. Dichos ataques, saqueos, invasiones, y destrucciones, fueron originados por procesos históricos que aún hoy nos son esencialmente desconocidos, por fraguarse en vastos territorios ajenos a la historiografía griega y romana, y que sólo pueden ser estudiados de modo directo por la arqueología (MacDOWALL; McBRIDE, 1996). Tampoco sabemos si buscaban enriquecimiento inmediato con esclavos y botín, para retirarse a continuación, o si por el contrario fue la vigorosa e implacable reacción de los Emperadores Ilirios y los Tetrarcas el verdadero motivo de que se retirasen del Imperio vapuleados, renunciando a casi cualquier establecimiento en suelo romano (DAMERAU, 1963; SYME, 1973, p. 310-316; MÓCSY, 1977, p. 557-582; CAMPBELL, 2004, p. 106-122).

A la dicha amenaza se debe sumar, desde el año 224, la aparición del agresivo estado persa Sasánida en Oriente, que podía desarrollar operaciones militares a un nivel organizacional y tecnológico similar al de los romanos (WILCOX; McBRIDE, 1986). Teniendo en cuenta tales consideraciones, no es incomprensible que algunos ejércitos romanos fuesen destruidos, mientras sus comandantes supremos, los emperadores, perecían o quedaban prisioneros en el campo de batalla (POTTER, 2004, p. 241).

Tales estallidos bélicos en las fronteras resultaron los causantes, en unos casos, y catalizadores, en otros, de una serie de procesos históricos cuyas consecuencias últimas fueron las numerosas usurpaciones.

Los usurpadores del siglo III

Ya Alejandro Severo (222-235) tuvo que hacer frente a dos agresiones a gran escala de persas y germanos. Pese a que, según parece, el emperador no salió malparado, y se logró estabilizar la situación tras revertir las fronteras a sus límites originales, el malestar entre sus tropas por la supuesta blandura mostrada frente a los pueblos del Rin gestó una sublevación militar que acabó con su muerte.

Su sucesor, Maximino (235-238), primer militar profesional llegado a la púrpura, cambió radicalmente la política exterior imperial, con una serie de agresivas campañas *ad barbaricum* para someter y castigar a los diferentes pueblos protagonistas de los pillajes recientes. No obstante, los excesivos gastos militares y continuas exacciones le hicieron impopular en las altas esferas, de donde procede la antipatía mostrada hacia el personaje por la historiografía senatorial. Maximino resultó asesinado junto a su hijo durante el asedio de la ciudad de Aquilea, cuando trataba de sofocar una sublevación en África que se propagó a Italia, un movimiento que llevaría a la elección consecutiva de cinco emperadores salidos de la nobleza romana: los Tres Gordianos, Balbino, y Pupieno.

Quizá sea conveniente en este punto sacar a colación a Herodiano y Aurelio Víctor, autores que fueron testigos directos de ciertas usurpaciones, así como de sus efectos; los frecuentes desmanes de los soldados acababan en auténticas orgías de rapiñas y muerte. Víctor afirmaría que:

desde entonces, puesto que los emperadores, más deseosos de dominar a los suyos que de someter a los extranjeros y tomando las armas más unos contra otros, precipitaron al estado romano como a un precipicio, fueron elevados al poder imperial de forma indiscriminada los buenos y los malos, los nobles y los que no lo eran; incluso muchos bárbaros. Pues cuando por doquier todo es confuso y nada sigue su curso natural, todos consideraban que es lícito, como en un caos, apoderarse de cargos ajenos que no son capaces de desempeñar, y escandalosamente echan a perder el conocimiento de la rectitud de conducta (*Libro de los Césares* 24, 9-10).

Mientras tanto, Herodiano recordaba de manera sombría lo siguiente:

Fue en esta ocasión [la proclamación de Didio Juliano como Augusto en el año 193] cuando el carácter de los pretorianos se corrompió por primera vez; adquirieron una insaciable e ignominiosa codicia por el dinero y el desprecio hacia la sacralidad del emperador. El hecho de que no hubiese nadie capaz de tomar acciones contra los hombres que tan salvajemente habían asesinado al emperador, y el hecho de que no se impidió la vergonzosa subasta y venta del Imperio Romano, fueron las causas originales de la deshonrosa revuelta y el amotinamiento de los pretorianos, así como de otras sublevaciones que vendrían después. El deseo por el oro y su desprecio hacia los emperadores se incrementó del mismo modo que lo hicieron sus asesinatos (*Historia Romana* II, 6, 14).

Tales excesos, como se ve, acarrearón frecuentemente la muerte de monarcas y usurpadores por igual, muchos de ellos recién proclamados. Es otra de las características principales del periodo: una constante espiral de violencia que contribuyó de forma notable a multiplicar la inestabilidad y el caos durante reinados, gobiernos y dinastías de carácter efímero.

¿Por qué se generaron tales maquinaciones en el seno de los ejércitos romanos? A partir del año 242 las grandes concentraciones de tropas se hicieron perentorias; tal hecho coincide con el hábito creciente por parte de los soldados de asesinar a sus emperadores. La combinación de legiones, con gran cantidad de nuevos militares profesionales de orden ecuestre o inferior, se debió no obstante a los crecientes problemas en las fronteras:

Defence of the Empire called for experienced men and large numbers of professional and well-trained soldiers, but the combination could be very dangerous if either or both of these parties conceived a desire for mastery of the Roman world (SOUTHERN, 2001, p. 20).

Generar una rebelión con garantías de éxito, en cualquier caso, significaba cubrir una cantidad importante de necesidades inmediatas. El ejército no quebrantaría el juramento de lealtad, poniendo en peligro vidas y reputación, así como el prestigio de su unidad militar, a cambio de fruslerías. Las tropas unidas a un golpe sin duda habrían recibido previamente un cuantioso donativo, y seguramente otras ventajas. ¿De dónde sacaban los usurpadores el dinero? Quizás de los botines de guerra, pero también de ciertos círculos terratenientes, comerciales o burgueses. Agraviadas y/o desatendidas crecientemente conforme avanzaba el siglo III, muchas clases pudientes

a nivel local verían con desesperación cómo sus patrimonios quedaban incendiados ante sus ojos, sin respuesta alguna por parte del gobierno central. La agricultura, ganadería, minería y comercio tuvieron que sufrir enormemente en amplias zonas; a buen seguro los potentados buscaron soluciones inmediatas y contundentes que frenasen la destrucción de sus valiosos recursos. Si el lejano (y aparentemente) indiferente emperador hacía caso omiso de cuitas y desgracias, quizás otro en su lugar acabaría actuando con justicia y rectitud hacia los sufridos súbditos. Sin ir más lejos, tal parece que fue el caso de Carausio, creador del sucesorio “Imperio Britano” (287-296). Los indicios nos mueven a pensar que gozó desde el principio de un apoyo claro y fehaciente entre los gremios y las clases mercantiles más pudientes, incluyendo a navieros y comerciantes, que sin duda resultaron decisivos a la hora de formar su poderosa flota:

Conceivably it was the support of the descendants of merchants such as these which is alluded to in the texts; merchants who may well have been the source of the gold used in the Rouen coinage. Little is known in detail about the mercantile class in Gaul, but the magnificent marble monuments raised by individual merchants in Lugdunum to commemorate the holding of office in the provincial council and priesthoods in the imperial cult suggest that this class was a very powerful element in the politics of the province. We may even conjecture that there was a tension between the landowning and the mercantile classes, with the latter throwing their weight behind Carausius for political advantage. Certainly it is the landowning classes who will have suffered most in the tumult of the barbarian attacks on Gaul in the third century – with their property destroyed and their slaves in revolt their traditional status might well have been threatened (CASEY, 1995, p. 90).

Gracias a los sobornos con dinero, donativos, tesoros, joyas y regalos, parece que los soldados del mismo modo admitieron a los Galienos como tiranos en los fastos. Esta noticia puede mostrar una práctica real y frecuente en el turbulento siglo III (Historia Augusta, *Los Dos Galienos* 15, 2; véase también *Caro, Carino y Numeriano* 6,1). Así, no debe descartarse el móvil económico en esta problemática: “If the emperor was not present to be a source of rewards, then, perhaps, the emperor was not relevant” (POTTER, 2004, p. 277).

Los militares forjados en las continuas guerras del momento completaron la profesionalización de las tropas romanas y configuraron una nueva oficialidad, desarrollada desde la cruda experiencia del servicio activo. Pronto los más valiosos ge-

nerales pertenecieron a la clase ecuestre, y poco después surgirían directamente del campesinado:

No longer were emperors aristocrats, rather they were drawn from a pool of experienced army commanders of no social pretensions. No longer did the ruined urban aristocracy compete to spend their fortunes on civic amenities; cities had more need of strong walls than theatres and if the stock of accumulated monuments was sufficient they could be sacrificed to provide building materials. If the fields needed to be cultivated to feed the armies but labour was in short supply, then the surviving peasantry had to be reduced to quasi-slavery to serve a compulsory attachment to the land; areas of desolation and depopulation could be reinhabited by migrating barbarians or captives (CASEY, 1995, p. 10).

Con los estímulos convenientes, y con dinero, las nuevas figuras de poder podían desafiar al emperador legítimo; parece ser que, a partir de 268, con el asesinato de Galieno, tal es la tendencia, aunque un valioso trabajo de Davenport (2014, p. 174-187) ha demostrado cómo las viejas familias senatoriales siguieron durante un tiempo aportando oficialidad a las legiones. Pero, en cualquier caso, comenzó con toda claridad un periodo en el que los cuadros de mando del ejército, después de saborear los primeros triunfos, tomaron las riendas del gobierno en sus manos; el Senado pasó definitivamente a un segundo plano (MENNEN, 2011, p. 49-79).

Pese al evidente factor económico, cualquier formulación basada únicamente en criterios puramente monetarios resulta no obstante insatisfactoria e incompleta. Debemos considerar, por el contrario, que las circunstancias en las fronteras proveyeron a las usurpaciones de su principal motivo. Pese al consabido riesgo de ejecución y las condenas y execraciones de rigor, el fenómeno no sólo continuó aconteciendo, sino que aumentó en frecuencia e intensidad (WARDMAN, 1984, p. 220-237). ¿Para qué tomar la púrpura, contando con pocas esperanzas de éxito, y sabiendo además que la respuesta imperial llegaría de forma inexorable, aunque no siempre fulminante? Cuando diversos generales, en muchas provincias distintas, pusieron en juego de ese modo sus vidas, y a menudo una bien ganada reputación, no podemos llegar a otra conclusión: el sentido de la responsabilidad, en la mayoría de los casos, resultó determinante. Muchas veces los propios legionarios romanos, oriundos en su gran mayoría

de las provincias y áreas fronterizas, exigían medidas enérgicas frente a las agresiones exteriores que devastaban sus haciendas, propiedades, pueblos y ciudades.

Sin ir más lejos, parece que los motivos reales del general Aureolo para rebelarse fue el aparente abandono por parte de Galieno de la asolada Dacia (en la *Historia Augusta*, *El Divino Claudio* 17, 3 se menciona a los soldados de esa provincia enfurecidos; pese a que la carta es espuria, a buen seguro representa una tradición real, que proviene directamente de la situación histórica). Ante las situaciones angustiosas que les tocó contemplar, los usurpadores se vieron obligados a tomar decisiones controvertidas:

The Roman army is not an exception to this observation and as it began to depend more and more on the produce of the farming sector to provide it with goods and services in lieu of cash taxes, the identification of interests between landowner and army became a feature of provincial political life (CASEY, 1995, p. 20).

Distribución y semblanza de las usurpaciones

Dependiendo de la relevancia que queramos otorgar a ciertos rebeldes de fugaz duración, aunque documentados, el número total de tales personajes puede variar. Si descartamos ciertas rocambolescas creaciones que aparecen en la lista de los “Treinta Tiranos” de la *Historia Augusta*, así como los usurpadores asesinados en su mayoría tras un breve lapso de tiempo por sus propias tropas, una buena cantidad de generales y/o funcionarios gubernamentales fueron proclamados por sus respectivas legiones, o se vieron decididamente inmersos en tales procesos.

Resulta significativo contemplar que la lealtad dinástica, o el origen de los pretendientes, esto es, su “reputación” a nivel social, resultaban más importantes para el ejército a principios de nuestro periodo. Así, las numerosas sublevaciones sufridas por los Filipos (244-249), evocan lealtades locales, conflictos de intereses, desapego social o dinástico y control de recursos. Si aceptamos a Esponsiano como auténtico, veremos que dos rebeliones tuvieron lugar en Panonia (la suya y la de Pacaciano), provincia de gran valor estratégico y defensivo, provista además de grano en abundancia y numerosos acuartelamientos e importantes fuerzas militares. Jotapiano se sublevó en Siria,

y el misterioso Sibanaco, atestiguado únicamente por la numismática, en Germania; todos ellos en zonas fronterizas.

Al factor de la ambición por parte de los soldados, instigado o no por sus superiores, se unió seguramente la preocupación ante las continuas acometidas bárbaras: en tales localidades residían las familias de los legionarios. Hay que recordar la manera en la que los soldados se enfurecieron ante la actitud pasiva de Alejandro Severo cuando entró en tratos con los bárbaros; a buen seguro desaprobaban contemplar cómo lejos de castigar la afrenta, negociaba con los agresores. Las famosas legiones ilirias ya se habían soliviantado de manera abierta en la campaña persa del mismo emperador, porque llegaron al frente oriental noticias de que se estaba arrasando el Ilírico; la impotencia y la indignación no se hicieron esperar: mientras ellos luchaban por el Imperio, su patria quedaba indefensa (HERODIANO, VI, 7, 2-3). Por ello, "Sometimes it was the inability of the Emperor to deal with external troubles that precipitated the civil wars" (SOUTHERN, 2001, p. 5)⁴.

Cuando la situación general empeora, contemplamos cómo la lealtad dinástica pasa a desaparecer casi completamente: tanto a Quintilo, hermano de Claudio II, como a Floriano, hermano de Tácito, su parentesco les fue insuficiente, y tras una breve pugna fueron abandonados por sus tropas y eliminados en favor de dos nuevos pretendientes (Aureliano y Probo, en ese caso). En 249 los pretorianos asesinaron al joven Filipo II sin contemplaciones, y el mismo fin halló Volusiano, el hijo de Treboniano Galo (251-253). Una causa fracasada o sin esperanza podía convertirse de inmediato en una matanza de los miembros de la familia imperial. Así, al ejemplo temprano de Diadumeniano (hijo de Macrino, asesinado en 218), se añadieron pronto los casos mencionados. Posteriormente, la misma extensa e influyente familia de Galieno fue masacrada cuando llegaron las noticias de su muerte cerca de Milán. Cinco dinastías diferentes fueron sucumbiendo por completo en un corto espacio de tiempo (años 244 a 268), mientras se multiplicaban las rebeliones militares y el sistema defensivo era rebasado (HARTMANN, 2006, p. 81-125). En tal situación, la exasperación de las tropas llevaba a la elección continua de nuevos candidatos, que posteriormente eran depuestos y eliminados si no sabían satisfacer las necesidades o revertir la situación de un modo radical y visible (HEKSTER, 2008, p. 31-45; ELLIOTT, 2014).

4. Véase también Menéndez Argüín (2000); McHugh (2017).

Aunque circunstancialmente Aureolo se rebeló en el norte de Italia, su acción estuvo relacionada con el estado calamitoso de las provincias de Dacia, Panonia, Mesia e Ilírico. No en vano Zonaras (XII, 24) lo hace un dacio-romano; en tal caso podría muy bien sentirse ultrajado ante lo que parecía un descuido hacia su tierra por parte del emperador, que por otra parte jamás tuvo opción real de prestar atención al problema. De hecho, todo el reinado de Galieno se centró principalmente en contener las oleadas de alamanes, hérulos y vándalos, tratando en vano de recuperar Recia y después restañar la frontera del Danubio. Muchas comarcas balcánicas fueron arrasadas por godos y sármatas, lo que propició también las usurpaciones de Ingenuo y Regaliano alrededor del año 260 (HARTMANN; GOLTZ, 2008, p. 223-295; PISO, 2014, p. 125-146; RAGOLIC, 2015, p. 317-340).

Cuando los emperadores ilirios se hacen con el poder, sólo pueden aportar su experiencia militar. Bien es cierto que tanto Aureliano como Claudio II el Gótico, y después Probo, lograrían victorias decisivas contra los bárbaros, eliminando así una parte muy importante de la amenaza que se cernía sobre el estado romano (WHITE, 2004; WATSON, 2004), pero la situación de alarma general distó mucho de aplacarse, por lo que hasta la Tetrarquía diversos usurpadores siguieron erigiéndose en defensores de las vilipendiadas provincias (SUSKI, 2010, p. 69-84).

Después del 274 el destino resultaba mucho más aciago y claro: la máquina de guerra iliria aniquilaba a bárbaros y rebeldes por igual; el estado recuperó el control completo de casi todas las legiones y formaciones militares, pudiendo volver a emplearlas con devastadora fuerza.

En consecuencia, podemos afirmar que, junto al simple y llano reconocimiento y respeto del mando militar, y la consabida destreza con las armas, se valoró cada vez más al líder capacitado; un marcado carácter sagrado y providencial irá adornando a los sucesivos emperadores, ya que sus éxitos, a menudo grandiosos, parecían mostrar que contaban con el favor de los dioses. Por lo tanto, las usurpaciones perdieron intensidad al mismo tiempo que disminuyeron las amenazas en las fronteras. Aunque el fenómeno no desapareció completamente, la motivación y localización de las usurpaciones obedeció a motivos circunstanciales y específicos, como los difusos tumultos acontecidos en Roma durante los reinados de Aureliano y Probo (SUSKI, 2002, p. 279-291; Historia Augusta, *El Divino Aureliano* 21, 5-9; 22,1).

La “Historia Augusta” y los usurpadores

Los problemas ofrecidos por la Historia Augusta como fuente histórica y producto literario son bien conocidos desde que, en 1889, Dessau forjase su revolucionaria teoría sobre la época y personalidad de los supuestos seis autores. Profundos estudios de diversa índole han ido desentrañando la obra, pero no obstante seguimos en una oscuridad casi completa. La Historia Augusta ha sido definida como una fuente de poca o nula confianza, desde el punto de vista histórico. Repleta de información falaz, los inconvenientes no se detienen en dichos errores y la escasa calidad de la prosa. Elementos aberrantes, dedicatorias intempestivas, falsedades, canonizaciones efectuadas a lo largo y ancho del texto y prefacios ampulosos añaden un sinnúmero de dificultades a una obra histórica ya de por sí complicada y farragosa.

Pero tales cuestiones no deben alejarnos de lo que ahora nos ocupa, un particular que la historiografía contemporánea no ha dejado de señalar: el extraño tratamiento que reciben los usurpadores (SYME, 1968, p. 74; 212). Su presencia planea a lo largo de toda la obra, a veces en tono jocoso, otras no tanto (PASCHOUD, 1997, p. 87-98). Muy a menudo se lamenta el destino de aquéllos que cayeron, porque nadie se preocupará de los hechos reales, y recibirán sólo antipatía y/o desprecio. Pasajes melancólicos, que contrastan con el humor corrosivo presente en la obra, llaman repetidamente a la compresión, clemencia y perdón. La importancia fuera de lo normal de estos sucesos en la narración, que lleva a inventar directamente un buen número de pretendientes imperiales que no están presentes en las otras fuentes literarias contemporáneas, refuerza las diversas teorías que observan una clara motivación política en tales fragmentos. Precisamente en ese sentido va encaminado Festy (2007, p. 183-195), que adscribe la Historia Augusta a Nicómaco Flaviano el Joven, alrededor del año 430, basándose en la dedicación que aparece en *Heliogábalo* 35, 3; tal hipótesis ya fue planteada por Hartke (1940). La idea, tremendamente sugerente, se basa en el principio de que la obra fue escrita como parte de un acercamiento de la aristocracia pagana después de la usurpación de Eugenio (392-394). Stern (1953) en cambio relacionó la Historia Augusta con la usurpación de Magnencio, aunque su teoría no tuvo éxito.

Un pasaje llamativo, en este sentido, es *Avidio Casio* 12 (un discurso a todas luces espurio de Marco Aurelio en el que pide al Senado que perdone a la familia de

Casio). Ya antes, en esa misma biografía, se había indicado: “Efectivamente, no se pueden tener muchas noticias sobre aquéllas personas a las que nadie ha osado dedicar una biografía por temor a aquéllos que los aniquilaron” (*Avidio Casio*, 3, 1).

Pero los fragmentos más elocuentes y significativos empiezan necesariamente con *Pescenio Nigro* 1, 1-2; este proemio puede considerarse una verdadera declaración de principios:

Es raro y difícil que se confíe adecuadamente a la literatura la biografía de aquellos a los que la victoria sobre otros convirtió en usurpadores y por ello también difícilmente se encuentran en las memorias y anales todos los datos por completo que existen sobre ellos pues, en primer lugar, aquellos hechos que son importantes para su honra aparecen deformados por los historiadores; en segundo lugar otros [hechos] han sido suprimidos por éstos y, por último, su vida y su conducta no se investiga con mucha escrupulosidad, porque se considera que es suficiente exponer su osadía, la batalla en la que fueron derrotados y la pena que sufrieron.

Tal cita viene reforzada en la misma biografía con afirmaciones de similar carácter: *Pescenio Nigro* 12, 8 y 9, 1-2. Poco después, en el comienzo de la *vita* dedicada a Macrino (1, 1), se afirma:

Las vidas de aquellos príncipes, trátase de usurpadores o de Césares, que no ejercieron el poder imperial durante mucho tiempo, se esconden en el olvido, porque no hay detalles de su vida privada que merezcan ser narrados, ya que ni se tendría conocimiento de ellos siquiera, si no hubieran intentado conseguir el trono, y porque no pueden contarse muchas cosas sobre su acción de gobierno, pues reinaron pocos años.

En definitiva, gozamos de indicios que, considerados en su justa medida, nos hacen percibir un claro llamamiento a reconsiderar la posición de aquellos que desafiaron a la autoridad intentando lograr el Imperio; una actitud que no debía servir para retirarles su dignidad (como en *Treinta Tiranos* 11, 5: los usurpadores merecen respeto, y sus cadáveres no pueden ser vejados. Se les debe proporcionar sepulturas humildes)⁵. Muestras finales de tal tratamiento pueden hallarse en *Firmo*, *Saturnino*,

5. Véase también Sólóyom (2015, p. 179-187).

Próculo y Bonoso 2, 3; 10, 2-3 y 15, 9, donde “Saturnino” evoca en un triste pasaje las cuitas del texto de Berve citado al principio del capítulo.

Causas y consecuencias del fenómeno

Como hemos afirmado con anterioridad, las usurpaciones del siglo III distan de ser comprendidas en su totalidad, y un velo oscuro de interrogantes nubla el paso entre los tiempos de los Severos y la llegada de la Tetrarquía, como indicó acertadamente MacMullen (1976, p. vii). No obstante, ciertas pautas son discernibles tras una reevaluación y estudio estructurado y analítico de nuestros retales de información.

El mundo provincial sigue siendo romano, pero empieza a despertar del sueño de la civilización clásica y urbana para encaminarse paulatinamente a otros modelos de estructuración y representación. Las conciencias provinciales y nacionales están cada vez más presentes, y tienen que ver mucho con la reformulación o desaparición de las viejas instituciones, o las mutaciones del municipio romano y las ciudades (CENTENO PÉREZ, 1998, p. 305-319). La lealtad a un emperador lejano nunca fue motivo de preocupación; de hecho, el culto imperial perduró, sorprendentemente, hasta los últimos momentos del Imperio en Occidente, si bien de forma casi testimonial (PÉREZ MARTÍNEZ, 2014, p. 117-138). El verdadero problema empieza cuando a los sufrimientos y calamidades se unen gestos de gobierno que pudieran hacer pensar en un emperador despreocupado, o incapaz de proporcionar protección ante catástrofes de todo tipo.

Quizás dentro de la actitud frívola de Galieno retratada en la *Historia Augusta* y Aurelio Víctor (*Los Dos Galienos* 5, 3-8; *Libro de los Césares* 33, 6-7) resida una pizca de verdad, viejos residuos de recuerdos de los provinciales vejados. Una “Romania” aparece a nivel popular en el siglo III frente al bárbaro, pero las incipientes nacionalidades dentro del romanismo son estructuradas a nivel de provincia: “While external threats rallied the empire to a sense of romanitas they also served to create a new problem at the provincial level. In order to maintain their safety, the individual provinces demanded military leadership from those who would give priority to their cause” (CASEY, 1995, p. 8)⁶. Estas identidades no son antagonicas, y pese a su im-

6. Véase también MacMullen (1976, p. 39; 46).

portancia cada vez mayor conviven admirablemente con el orgullo imperial, el apego a la cultura recibida y la sacralidad del nombre de Roma.

Pero tales sentimientos no garantizan la fidelidad al gobierno central. El rebelde, el tirano, a menudo retratado como un monstruo por las fuentes literarias, es el emperador “verdadero” desde el punto de vista local, y es legítimo porque sus actos son valerosos y nobles, al enfrentarse a los bárbaros. El usurpador, visto desde la perspectiva de su base de poder, siempre defiende una causa justa; una causa que de ser alimentada con el éxito puede crecer en número de seguidores muy rápidamente (SZIDAT, 1989, p. 232-243). Todos los usurpadores se sacrifican por sus provincias, a menudo cargadas de tributos, expoliadas e indefensas ante las agresiones internas y externas por parte de los bárbaros o de las legiones de otros emperadores. Capas sociales desvalidas, anhelando justicia y orden, añaden a la visión de sus salvadores espontáneos tintes providenciales. Los residuos de una tradición que proclama claramente que los usurpadores fueron merecedores de la dignidad imperial puede rastrearse claramente en las fuentes, como en la *Historia Augusta* (*Treinta Tiranos* 10, 14).

Quizás relacionados con estos tiempos tumultuosos haya que relacionar también el misterioso fenómeno de los *Bagaudas*: agentes de poder nuevos crean condiciones políticas nuevas, y aquí entran también los pueblos germanos. Hemos hablado de grandes confederaciones en el Rin y el Danubio. Conocemos nombres propios de caudillos germánicos (como Cniva), rasgo que aparece por primera vez en mucho tiempo. Por el momento su rol será secundario, pero con áreas fronterizas afectadas por las plagas, la guerra y el hambre, grandes cantidades de bárbaros derrotados serán asentados como repobladores; a partir de 250 ingentes masas de francos servirán en la infantería romana. Estos elementos entran en juego cuando pueden, pero a partir de mediados del siglo IV su papel se tornará esencial: etnias, caudillos bárbaros del otro lado de la frontera, pueblos asentados junto a las fronteras del Imperio o dentro de ellas configurarían nuevas consideraciones políticas y estratégicas (DIETZ, 2012, p. 29-62).

El creciente nivel de crispación, caos y violencia repercutió en la estructura del Imperio, y sus secuelas fueron visibles durante largo tiempo. El funcionariado imperial, junto a sectores económicos y sociales en potencial peligro no permanecerá impasible, y cada vez con mayor frecuencia tomarán parte activa en el fenómeno de las usurpaciones (DELMARE, 1997, p. 111-126). Esto creará desajustes estructurales,

determinados por una serie de fuerzas periféricas, en una lucha de contrapoderes: central y secundarios, que a menudo desemboca en la desarticulación de las fuerzas estatales y el crecimiento de las influencias personales de carácter provincial, regional y a escala aún más local, como ciudades y territorios, un *territorium* que se comienza a conformar y representa el primer albor de la Edad Media por llegar⁷.

Los usurpadores y su relación con otros fenómenos sociales y políticos

Las nuevas situaciones fueron fruto y consecuencia de un mundo cambiante y transformado. Las usurpaciones originarán nuevas peculiaridades a nivel local y provincial, con cambios sociales y estructurales que se acentuarán en el siglo IV (con Magnencio) y especialmente en el siglo V (usurpadores galos y britanos dotados de conciencia nacional sin rechazar el legado de Roma). Las viejas familias senatoriales se transforman entonces para no quedar fuera de juego, pero el empuje desde las clases bajas altera completamente el orden y equilibrio social. Esto provoca nuevas alianzas familiares, en las que en un futuro también estarán incluidos los bárbaros. Realmente se estaba forjando un mundo nuevo: personal y no comunitario, individualista, territorial y alejado del viejo orgullo cívico del que fluyó el patriotismo urbano: así, la ciudad decaerá, cada vez más (GURT ESPARRAGUERA, 2001, p. 443-471).

La llegada de grandes cantidades de elementos germánicos también trajo consigo una nueva cosmovisión que trunca las antiguas relaciones verticales y transversales conocidas por griegos y romanos, herederos de la Segunda Sofística. Aparecerá un mundo nibelungo, heroico, complaciente con la acción directa y los liderazgos vigorosos; un mundo con las instituciones y burocracia en decadencia, pero basado con fuerza en las relaciones de dependencia personales. Los sistemas de sometimiento y adscripción en estos niveles son los que arruinarán, a finales del siglo IV y sobre todo en el siglo V, la Tetrarquía creada por Diocleciano: así se simboliza la victoria de las redes clientelares sobre el absolutismo, fenómeno que prefigura el futuro feudalismo⁸.

7. Véase Corbera Laliena (2009, p. 149-163); González Fernández (2011, p. 229-237); González Fernández & Molina Gómez (2011, p. 1-29).

8. Tal como indican Seston (1946); Vogt (1968); Walbank (1969); Rémondon (1979); Williams (1985); Rees (2004).

Efectivamente,

The disintegration of traditional methods of negotiating authority between the palace and its subjects in the years after Decius' disaster may have made the urge to greater centralization of power around the office of the emperor predictable. A new dynamic may have seemed necessary [...] Diocletian might now possess a monopoly of force, but he would find that he could not compel agreement. The increasing disjuncture between the policies of centralization and the realities of diversity would mold the evolution of the Roman state through the next century (POTTER, 2004, p. 298).

Nos encontramos ante la consabida cosmovisión providencialista tan presente en la Historia Augusta, en la que el gobernante trasciende y el carácter sacro del nombre (*nomen*) postula y respalda las representaciones de poder, no sólo las imperiales. Este mando supremo y autocrático, empapado en características religiosas, tiene su origen en los “emperadores-soldados”, encargados por la Providencia de salvar a Roma del caos, pese a sus oscuros orígenes campesinos, y se va modelando hasta llegar al sistema de poder empleado por Constantino I (COLOMBO, 2008, p. 124-161) y que de un modo u otro copiarán los miembros de su familia imperial, y por reflejo directo, los usurpadores del siglo IV y siguientes (BARNES, 1996, p. 55-65; STOURAITIS, 2018, p. 92-123).

Pero el *Imperium Romanum Christianum* está forjado con el beneplácito de las nuevas elites y burocracias privilegiadas, que dejarán fuera de las relaciones de poder amplios sectores cuyo descontento se materializará a través de usurpaciones, algunas de ellas con gran alcance y medios. Así, vemos como la población gala unió su propio porvenir a la causa de Juliano, y se ofrecieron al máximo, a todos los niveles, apoyando las empresas de un emperador al que consideraban honesto e incorruptible (Juliano, *Misopogon* 359c; 360c). Los usurpadores se convierten de tal modo, especialmente después de 350, en los herederos del legado de los “emperadores-soldados” del siglo III. Estos usurpadores con frecuencia son barbarizados por las elites y sus literatos, ya que se apoyaban en el mundo rural y en los *humiliores* (SOMMER, 2004).

El siglo V fue un siglo de muerte. El siglo IV fue rico aún, pero rural; el siglo III en cambio resultó caótico, pobre y plagado de problemas, aunque en cierto sentido aún urbano en numerosas zonas. Será la última vez en la que el Imperio Romano pueda ser contemplado como una gran confederación de ciudades; recordemos que tal

fue también el deseo de Juliano, aunque no pudo plasmarlo. Existe de hecho una evolución, a partir de Diocleciano, procedente de la ruina de las ciudades. Se va formando un nuevo tipo de vida campestre que se refleja en el crecimiento desmesurado y la proliferación de nuevas villas, independientes y desafiantes del poder central, que llegan a alcanzar con holgura el tamaño de pequeños pueblos. Esta visión de un campo poblado por las elites al viejo estilo romano termina con las invasiones bárbaras y los Reinos Germánicos, que causaron la disrupción definitiva del aparato estatal y la transformación o el fin de muchas de sus instituciones de gobierno (WARD-PERKINS, 2007). No obstante, podremos comprobar como la simbología del tirano no desaparecerá; de un modo u otro las usurpaciones, basadas en una incipiente territorialidad personal, estarán presentes también, con parecidas características, en el “largo” siglo VI (CASTILLO LOZANO; MOLINA GÓMEZ, 2016, p. 35-52).

Conclusión

Se ha tratado de detallar, con claridad y concisión, el proceso, todavía enigmático y sorprendente, que ocupa los años centrales del siglo III y altera de modo casi total el Imperio Romano. A nivel político y social, los años transcurridos entre 235 y 285 son imposibles de entender sin el abundante aderezo proporcionado por los usurpadores, con sus guerras, conflictos y secesiones. Un mundo todavía clásico en gran medida cuando Septimio Severo fallece de manera natural se transforma profundamente mediante la ruralización, el amurallamiento, la ruina urbana y los conflictos de todo tipo, dando lugar a un escenario nuevo cuando surge la Tetrarquía. Los cambios administrativos, junto a episodios muy graves de violencia religiosa, serán la norma; una sociedad alterada en la que maniqueos, gnósticos y cristianos tendrán peso creciente, en parte como consecuencia de la crisis en todos los ámbitos. Hemos tratado de listar y escudriñar las diferentes causas y motivos del fenómeno, así como plantear una hipótesis que explique el porqué, así como su superabundancia, pese al trágico destino que a sabiendas esperaba a la mayoría de ellos. Hemos creído ver el motivo principal de las actuaciones desesperadas de tales personajes en las frecuentes situaciones de caos sufridas por el Imperio en un número muy importante de provincias, sobre todo las adyacentes a las fronteras.

Quede como reflexión final que la irónica Historia Augusta ofrece raros ejemplos de ponderación y sobriedad, como hemos visto, cuando se toca este controvertido asunto; destacan las argumentaciones para mostrar con justicia y solidaridad a usurpadores caídos, pero bienintencionados; colocados en un momento difícil por la Providencia, donde todas las posibles opciones iban a resultar desastrosas, pero pese a todo decidieron moverse, por responsabilidad (aunque también existió la ambición), aún a sabiendas, como ya se ha afirmado, de que, con toda probabilidad, un final triste y tumultuoso era todo lo que se iba a recibir a cambio.

Referencias

Documentales

AURELIO VÍCTOR, EUTROPIO. *Breviario / Eutropio. Libro de los Césares / Aurelio Víctor*; introducciones, traducción y notas de Emma Falqué. Madrid: Gredos, 1999.

HERODIANO. *Historia del Imperio Romano después de Marco Aurelio*. Introducción, traducción y notas de J.J. Torres Esbarranch. Madrid: Gredos, 1985.

HISTORIA AUGUSTA. Edición y traducción de Vicente Picón García y Antonio Cascón Dorado. Madrid: Akal/Clásica, 1989.

JULIANO, EMPERADOR DE ROMA. *Discursos*; introducción, traducción y notas de José García Blanco. Madrid: Gredos, 1979-1982.

ZONARAS, *Epitome ton Istorion*. 3 vol. Editada por Moritz Pinder y Theodor Büttner-Wobst. Bonn: s/ed., 1841-1897.

Bibliográficas

ALFÖLDY, Géza. The crisis of the third century as seen by contemporaries. *Greek, Roman and Byzantine Studies*, v. 15, n. 1, p. 89-111, 1974.

BARNES, Timothy D. Oppressor, persecutor, usurper: the meaning of 'tyrannus' in the fourth century. In: BONAMENTE, Giorgio; MAYER, Marc. *Historia-Augusta Colloquium Barcinonense*. Bari: Edipuglia, 1996, p. 55-65.

BERVE, Helmut. *Die Tyrannis bei den Griechen*. Munich: C. H. Beck'sche Verlagsbuchhandlung, 1967.

CAMPBELL, Brian J. *The Roman army 31 BC – AD 337*. London: Routledge, 1994.

CAMPBELL, Brian J. *War and society in Imperial Rome 31 BC – AD 284*. London; New York: Routledge, 2004.

CASEY, Paul J. *Carausius and Allectus*. The British usurpers. Yale University Press, 1995.

CASTILLO LOZANO, José Á.; MOLINA GÓMEZ, José A. El castigo aplicado al *Tyrannus* Argimundo según el *Chronicon* de Juan de Biclario. *Potestas: religión, poder y monarquía*, v. 9, p. 35-52, 2016.

CENTENO PÉREZ, Maria del R. Análisis de la evolución de las ciudades hispanas en el siglo III d. C. *Florentia Iliberritana*, v. 9, p. 305-319, 1998.

CLAES, Liesbeth. Coins with power? Imperial and local messages on the Coinage of the Usurpers of the second half of the Third Century (AD 253-285). *Jaarboek voor Munt- en Penningkunde*, v. 102, p. 15-60, 2015.

COLOMBO, Maurizio. Constantinus rerum nouator: dal comitatus diocleziano ai palatini di Valentiniano I. *Klio*, v. 90, p. 124–161, 2008.

CORBERA LALIENA, Carlos. Acerca de la articulación social de los espacios rurales en el Ebro Medio (siglos V-IX). *Mainake*, v. 31, p. 149-163, 2009.

CROMWELL, Richard S. *The rise and decline of the Late Roman field army*. Shippensburg: White Mane Publishing, 1998.

DAMERAU, Paul. *Kaiser Claudius II. Gothicus: (268-270 N. Chr.)*. Aalen: Dieterich'sche Verlagsbuchhandlung, 1963.

DAVENPORT, Caillan. M. Claudius Tacitus: Senator or Soldier? *Latomus*, v. 73, p. 174-187, 2014.

DELMAIRE, Roland. Les usurpateurs du Bas-Empire et le recrutement des fonctionnaires (Essai de réflexion sur les assises du pouvoir et leurs limites). In: SZIDAT, Joachim; PASCHOUD, François. *Usurpationen in der Spätantike. Akten des Kolloquiums „Staatsstreich und Staatlichkeit“ 6.–10. März 1996, Solothurn/Bern*. Stuttgart: Franz Steiner, 1997, p. 111-126.

DESSAU, Hermann. Über Zeit und Persönlichkeit der Scriptorum Historiae Augustae. *Hermes*, v. 24, p. 337–392, 1889.

DIETZ, Karlheinz. Zum Kampf zwischen Gallienus und Postumus. In: FISCHER, Thomas. *Die Krise des 3. Jahrhunderts n. Chr. und das Gallische Sonderreich. Akten des Interdisziplinären Kolloquiums Xanten 26. bis 28. Februar 2009*. Wiesbaden: Reichert, 2012, p. 29-62.

DOYLE, Chris. Declaring victory, concealing defeat? Continuity and change in imperial coinage of the Roman West, c. 383–c. 408. In: ELTON, Hugh; GREATREX, Geoffrey, with the assistance of McMAHON, Lucas. *Shifting Genres in Late Antiquity*. London: Routledge, 2016, p. 157-171.

ELLIOTT, Paul. *Legions in crisis. The transformation of the Roman soldier, AD 192–284*. Stroud: Fonthill Media, 2014.

ELTON, Hugh. *Warfare in Roman Europe, 325-450*. Oxford: OUP, 1996.

ERDKAMP, Paul (Ed.). *The Roman army and the economy*. Amsterdam: Brill, 2002.

ERDKAMP, Paul (Ed.). *A companion to the Roman Army*. London: Wiley-Blackwell, 2011.

FERNÁNDEZ UBIÑA, José. *La Crisis del siglo III y el fin del Mundo Antiguo*. Madrid: Akal, 1982.

FESTY, Michel. L'Histoire Auguste et les Nicomaques. In: BONAMENTE, Giorgio; BRANDT, Hartwin. *Historiae Augustae Colloquium Bambergense*. Bari: Edipuglia, 2007, p. 183-195.

FLAIG, Egon. *Den Kaiser herausfordern. Die Usurpation im Römischen Reich*. Frankfurt am Main: Campus, 1992.

GONZÁLEZ FERNÁNDEZ, Rafael. El término *origo* en la epigrafía latina. *Zephyrus*, v. 68, p. 229-237, 2011.

GONZÁLEZ FERNÁNDEZ, Rafael; MOLINA GÓMEZ, José A. Precisiones a las menciones de *origo* con la fórmula *domo + topónimo/gentilicio* en la epigrafía romana de Hispania. *Emérita*, v. 79, n. 1, p. 1-29, 2011.

GOLDSWORTHY, Adrian. *El ejército romano*. Madrid: Akal, 2005.

GURT ESPARRAGUERA, José M. Transformaciones en el tejido de las ciudades hispanas durante la Antigüedad Tardía: dinámicas urbanas. *Zephyrus*, v. 53-54, p. 443-471, 2000-2001.

HARTKE, Werner. Geschichte und Politik im Spätantiken Rom: Untersuchungen über die Scriptores Historiae Augustae. *Klio*, v. 45, p. 161-168, 1940.

HARTMANN, Udo. Der Mord an Kaiser Gallienus. In: JOHNE, Klaus-Peter; GERHARDT, Thomas; HARTMANN, Udo. *Deleto Paene Imperio Romano*. Transformationsprozesse des Römischen Reiches im 3. Jahrhundert und ihre Rezeption in der Neuzeit. Stuttgart: Franz Steiner, 2006, p. 81-125.

HARTMANN, Udo, mit GOLTZ, Andreas. Valerianus und Gallienus. In: JOHNE, Klaus-Peter, unter mitwirkung von HARTMANN, Udo und GERHARDT, Thomas. *Die Zeit der Soldatenkaiser. Krise und Transformation des Römischen Reiches im 3. Jahrhundert n. Chr. (235-284)*. Berlin: De Gruyter, 2008, p. 223-295.

HEKSTER, Olivier. *Rome and its Empire, AD 193-284*. Edinburgh: University Press, 2008.

KEPPIE, Lawrence. *The making of the Roman Army, from Republic to Empire*. London: Routledge, 1989.

LE BOHEC, Yann. *El ejército romano*. Barcelona: Planeta, 2007.

LIEBESCHUETZ, Wolfgang. Was there a crisis in the third century? In: HEKSTER, Olivier; De KLEIJN, Gerda; SLOOTJES, Daniëlle. *Crises and the Roman Empire*. Leiden-Boston: Brill 2007, p. 11-20.

MACDOWALL, Simon; McBRIDE, Angus. *Germanic Warrior AD 236–568*. London: Osprey Publishing, 1996.

MACMULLEN, Ramsay. *Roman government's response to crisis 235-337*. New Haven: Yale University Press, 1976.

McCORMICK, Michael. *Eternal victory. Triumphal rulership in Late Antiquity, Byzantium and the Early Medieval West*. Cambridge: University Press, 1990.

MCHUGH, John S. *Emperor Alexander Severus: Rome's Age of Insurrection, AD 222-235*. Barnsley: Pen & Sword, 2017.

MEIJER, Fik. *Emperors don't die in bed*. London: Routledge, 2004.

MENÉNDEZ ARGÜÍN, Adolfo R. *Las legiones del siglo III d. C. en el campo de batalla*. Écija: Editorial Gráficas Sol, 2000.

MENÉNDEZ ARGÜÍN, Adolfo R. *El ejército romano en campaña: de Septimio Severo a Diocleciano (193-305)*. Sevilla: Universidad de Sevilla, Servicio de Publicaciones, 2011.

MENNEN, Inge. *Power and status in the Roman Empire, A.D.193-284*. Leiden: Brill, 2011.

MÓCSY, András. Pannonien und die Soldatenkaiser. *Aufstieg und Niedergang der Römischen Welt*, v. II, n. 6, p. 557-582, 1977.

NICASIE, Martinus J. *Twilight of empire. The Roman army from the reign of Diocletian until the Battle of Adrianople*. Amsterdam: Brill, 1998.

PASCHOUD, François. Le tyran fantasmé: variations de l'Histoire Auguste sur le thème de l'usurpation. In: SZIDAT, Joachim; PASCHOUD, François. *Usurpationen in der Spätantike. Akten des Kolloquiums „Staatsstreich und Staatlichkeit“ 6. –10. März 1996, Solothurn/Bern*. Stuttgart: Franz Steiner, 1997, p. 87-98.

PÉREZ MARTÍNEZ, Meritxell. El final del Imperio Romano de Occidente en Tarraco. La inscripción de los emperadores León I y Anthemio (467-472 d.C.). *Pyrenae*, v. 45, n. 2, p. 117-138, 2014.

PISO, Ioan. Zur Reform des Gallienus anlässlich zweier neuer Inschriften aus den Lagerthermen von Potaissa. *TYCHE—Contributions to Ancient History, Papyrology and Epigraphy*, v. 29, p. 125-146, 2014.

POTTER, David S. *The Roman Empire at Bay, AD 180-395*. London; New York: Routledge, 2004.

RAGOLIC, Anija. Die Zeit des Kaisers Gallienus und die rolle des Heeres in Poetovio. In: ISTENIC, Janka; LAHARNAR, Boštjan; HORVAT, Jana. *Evidence of the Roman Army in Slovenia*. Ljubljana: Ljubljana University, 2015, p. 317-340.

REES, Roger. *Diocletian and the Tetrarchy*. Edinburgh University Press, 2004.

RÉMONDON, Roger. *La crisis del Imperio romano: de Marco Aurelio a Anastasio*. Barcelona: Labor, 1979.

RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, Julio. *Historia de las legiones romanas*. Madrid: Almena, 2003.

RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, Julio. *Diccionario de batallas de la historia de Roma (753 a.C.-476 d. C.): 3.386 batallas libradas por los ejércitos romanos*. Madrid: Signifer Libros, 2005.

RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, Julio. *La dinastía de los Severos: el comienzo del declive del Imperio Romano*. Madrid: Almena Ediciones, 2010.

SESTON, William. *Dioclétien et la Tétrarchie*. Paris: E. de Boccard, 1946.

SÓLYOM, Márk. The Epitome de Caesaribus and the Thirty Tyrants. In: NAGYILLÉS, János et al. *Sapiens Ubique Civis*. Proceedings of International Conference on Classical Studies (Szeged, Hungary, 2013). Budapest: ELTE Eötvös József Collegium, 2015, p. 179-187.

SOMMER, Michael. *Die Soldatenkaiser*. Wissenschaftliche Buchgesellschaft. Darmstadt: WBG, 2004.

SOUTHERN, Pat. *The Roman Empire from Severus to Constantine*. London: Routledge, 2001.

SOUTHERN, Pat. *The Roman Army: a social and institutional history*. Oxford: OUP, 2007.

SOUTHERN, Pat; DIXON, Karen R. *El ejército romano del Bajo Imperio*. Madrid: Desperta Ferro Ediciones, 2018.

SMITH, R. E. The army reforms of Septimius Severus. *Historia: Zeitschrift für Alte Geschichte*, v. 21, p. 481-499, 1972.

STOURAITIS, Yannis. Civil war in the Christian Roman Empire. In: STOURAITIS, Yannis (ed.). *A companion to the Byzantine culture of War, c. 300-1204*. Leiden: Brill, 2018, p. 92-123.

STERN, Henri. *Date et destinataire de l'“Histoire Auguste”*. Paris: Les Belles Lettres, 1953.

SUSKI, Robert. Aurelian and the Senate. A few remarks upon emperor Aurelian's policy of political nominations. In: DERIDA, Tomasz; URBANIK, Jakub; WECOWSKI, Marek. *Euergesias Charin: Studies Presented to Benedetto Bravo and Ewa Wipszycka by Their Disciples*. Havertown: Casemate Publishers, 2002, p. 279-291.

SUSKI, Robert. Coinage and imperial propaganda in the third century on the example of the usurper Iulianus' Issues (283?). *Eos*, v. 97, p. 69-84, 2010.

SYME, Ronald. *Ammianus and the Historia Augusta*. Oxford; Toronto: OUP, 1968.

SYME, Ronald. Danubian and Balkan Emperors. *Historia: Zeitschrift für Alte Geschichte*, v. 22, n. 2, p. 310-316, 1973.

SZIDAT, Joachim. Usurpationen in der römischen Kaiserzeit. Bedeutung, Gründe, Gegenmaßnahmen. In: HERZIG, Heinz E.; FREI-STOLBA, Regula

(Hrsgg). *Labor omnibus unus*. Gerold Walser zum 70. Geburtstag. Stuttgart: Steiner, 1989, p. 232-243.

VOGT, Joseph. *La decadencia de Roma*. Metamorfosis de la cultura antigua 200-500. Madrid: Guadarrama, 1968.

WALBANK, Frank W. *The awful revolution: the decline of the Roman Empire in the West*. Toronto: University of Toronto Press, 1969.

WARDMAN, Alan E. Usurpers and internal conflicts in the 4th century A.D. *Historia: Zeitschrift für Alte Geschichte*, v. 33, n. 2, p. 220-237, 1984.

WARD-PERKINS, Brian. *La caída de Roma y el fin de la civilización*. Madrid: Espasa Libros, 2007.

WATSON, Alaric. *Aurelian and the third century*. London; New York: Routledge, 2004.

WHITBY, Michael. *Rome at war AD 293-696*. Oxford: Osprey Publishing, 2002.

WHITE, John. F. *Restorer of the world: the Roman emperor Aurelian*. London: Spellmount, 2004.

WILCOX, Peter; McBRIDE, Angus. *Rome's Enemies (3): Parthians & Sassanid Persians*. London: Osprey Publishing, 1986.

WILLIAMS, Stephen. *Diocletian and the Roman recovery*. London: Routledge, 1985.